
Insatisfacción

Pincelada de meditación

Julián Peragón



INSATISFACCIÓN

Aunque comamos las cerezas más grandes y más espléndidas del mercado, nunca éstas llegarán a ser tan dulces como la imagen idílica que tenemos sobre ellas. Lo finito del mundo nunca puede eclipsar lo infinito de lo imaginal.

Pasa lo mismo con el deseo. Todos sabemos que Eros es un dios, un dios travieso que, en forma de caricatura, dispara flechas hacia los corazones de los enamorados, con muy mala puntería, por cierto. Pero en realidad, el deseo surge de una idealidad que aterriza en un soporte concreto para manifestarse. Entonces, ese cuerpo deseado, ese coche, casa, viaje o lo que sea, brillan de una manera especial mientras el viento del deseo sopla a favor. Pero ¡ay! y ¡ay! cuando el viento cambia de dirección o deja de soplar, cuando languidecemos junto a este objeto del deseo que ha venido a menos. La rabia, la frustración y el sinsentido dejan un reguero de insatisfacción que permanece largo tiempo.

Y es que vemos la ola pero no el viento que la empuja, nos obnubilamos con el brillo de las cosas desconociendo la impronta interna que las hace aparecer. El problema nunca es el deseo que es fuente de vida, el conflicto proviene de literalizar el deseo, de cosificarlo y querer poseerlo, en vez de dejarse inspirar por él sin aferramientos ilusorios, ganando, con ello, una gran libertad.

Entramos en la insatisfacción cuando esperamos más de lo que hay y cuando queremos menos de lo que la crudeza de la vida nos inflige. Por eso, tener sed y contentarse con mojarse los labios es todo un arte difícil de conquistar.

Om shanti. Julián Peragón